

Siberia acompañando a Demetrio para expiar el parricidio que Iván ha instigado.

Ante el problema del mal, el cristiano Alioscha no se indigna sino que asume su participación en la culpa y afirma la co-responsabilidad universal que se expresa sintéticamente en el dogma del pecado original, tal vez la única concepción del mal que hace pleno honor al hecho de la libertad humana. La idea del pecado original no es sino la expresión de la responsabilidad universal concreta, la responsabilidad de todos los hombres en el mal que hay en el mundo. Pero el cristiano no se limita a afirmar teóricamente la responsabilidad común. En la medida en que es efectivamente cristiano y no un maniqueo disfrazado, tiene que afirmarla prácticamente asumiendo la culpa; operación, en verdad, difícilísima. Esto es lo que hacen Alioscha y Zósima. El cristiano auténtico no devuelve el billete sino que lo paga. El precio, el paradójico y misterioso precio, es la sangre derramada del inocente, que siendo inocente se hizo culpable por todos hasta la muerte, muerte de cruz, y la participación efectiva en su sufrimiento y su muerte. El cristiano acepta la culpa y la expiación.

Es evidente, sin duda, que existen millones de supuestos cristianos que rasgan sus vestiduras y les echan la culpa a los otros como si ellos no tuvieran parte alguna en el mal del mundo. Hay una extraña raza de cristianos-maniqueos, blancos hermanos gemelos del negro Iván, tan peligrosos o más que éste para la salud espiritual del mundo. Porque son capaces de aumentar inconcebiblemente el mal de los otros para proteger una buena conciencia que no es sino la más costosa y peligrosa de las ilusiones y porque, como dice San Pablo en alguna parte, se arremolinan a la puerta del templo y no entrando ellos impiden la entrada de los demás.

Alioscha Karamázov es realmente un cristiano al que no se le ocurre localizar la culpa de la muerte de su padre en la conciencia extraviada de su hermano Iván para irse después a dormir con la suya bien tranquila. El excepcional Alioscha toma sobre sí la culpa de su hermano sin esbozar siquiera la sombra de un contra-argumento, porque sabe que el camino que conduce a la plenitud y la reconciliación no es un ejercicio lógico, sino el que quedó trazado en la memoria de la humanidad, como tope de sus más altas posibilidades, como modelo intrascendible, en la historia que relata el *Evangélio*.

Claro que todo esto puede parecer demasiado patético, pero las cosas son así, aunque resulte un poco emocionante decirlo. Todavía más patético sería confirmar lo dicho estableciendo un paralelo entre otros pasajes de Dostoiewsky y Santo Tomás, igualmente impresionantes en su coincidencia, acerca de la universalidad de la culpa y el sentido cristiano del sufrimiento, que constituyen tal vez el punto máximo de la aquiescencia de estos dos hombres tan diferentes, y que revelaría más claramente aún que los textos que hemos examinado, la profundidad de los cambios que tuvieron lugar en la conciencia europea entre el siglo XIII y el XIX. Pero que revelarían también de qué manera, en medio de las variaciones históricas, existe un campo permanente de cuestiones últimas que permanece en esencia invariable.

T U , U S T E D . . .

(EL LENGUAJE Y EL MEXICANO)

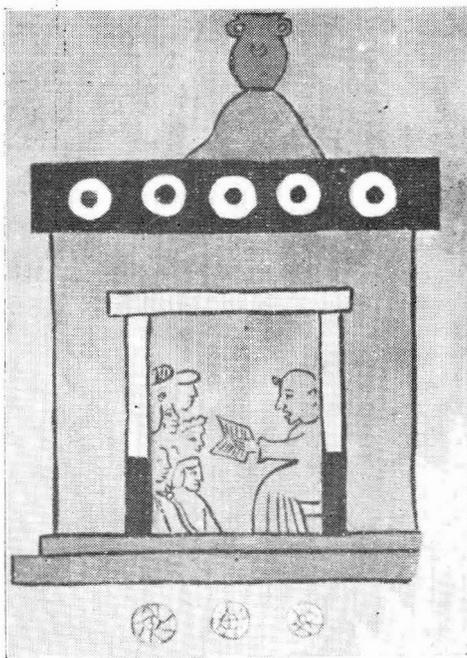
Por Jaime ESPINOSA RAMOS

E. SAPIR define el lenguaje como "un método puramente humano no-intentivo de comunicación de ideas, emociones y deseos, por medio de un sistema de símbolos producidos voluntariamente", en su obra *Language*, 1922, p. 7. Nosotros partimos de su definición, porque debemos colocar a nuestra lengua dentro de todo un contexto cultural: el gran campo de la civilización clásica occidental.

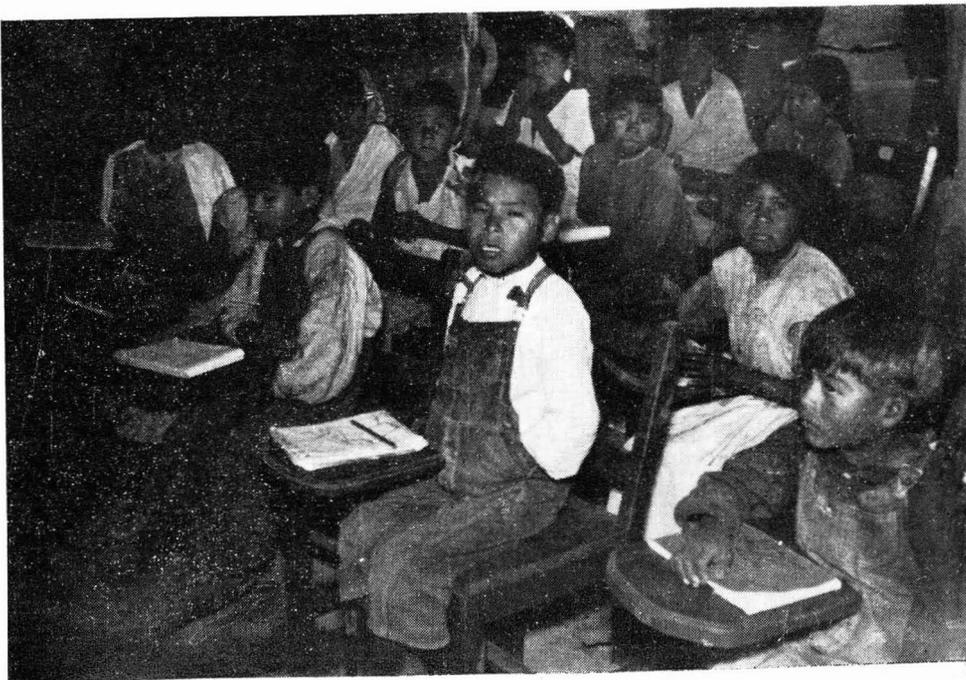
Se ha dicho, atinadamente, que el lenguaje en su aspecto dinámico no ha hecho de las ideas su principal objeto, y sí ha girado alrededor de las emociones y de las actitudes, desde el pasado más nebuloso del hombre. Y a la vez se ha puntualizado en la definición anterior y en otras, un carácter específico del lenguaje: su simbolismo. Que por su aspecto mismo de enlace le da a éste su innata comunicabilidad. Ahora bien, el hombre usa del

lenguaje como medio de conocimiento. Aquí surge una primera disidencia: "existen dos modos, escribió el doctor Whewell, de comprender la naturaleza, uno, consistente en examinar sólo las palabras y los pensamientos que estos suscitan; otro, en prestar atención a los hechos y cosas que dan ser a estos conceptos... los griegos siguieron el primero, la línea verbal o conceptual". Disyuntiva ya establecida por la filosofía griega en general con su teoría del conocimiento, que al señalar al idealismo como engendrador de realidades, abandona un realismo más tarde adoptado por el movimiento aristotélico. Tal antinomia ha podido ser, si no superada, sí apreciada, hasta épocas modernas en que el análisis psicológico ha alcanzado un adelanto suficiente como para encargarse de estudiar científicamente una parte del proceso de comunicación, esto es del mismo conocer, creando así una auténtica ciencia del simbolismo, que no debe capacitar para elaborar después una teoría asimismo científica de la definición.

Esta tarea de hacerle frente a los auténticos significados verbales no ha halagado mucho a la investigación humana, que con generalizaciones pesimistas: "todo es cuestión de palabras", "hablar mucho y no decir nada", ha dejado un fuerte sedimento de nihilismo lingüístico, visible a lo largo de toda nuestra tradición occidental. "Pero aunque todas las escuelas postaristotélicas, y particularmente los estoicos, cuyos puntos de vista sobre el lenguaje influyeron considerablemente sobre los juristas romanos, dedicaron alguna atención a la teoría lingüística, en ningún momento encontramos pruebas en la antigüedad de que estos planteos lleven a un estudio de los símbolos, semejante por su índole al que Platón, en su diálogo *Crátilo*, y Aristóteles, con sus *Categorías* y su *De Interpretatione*, parecen a veces querer encarar. Como vemos se debe a



"portadora de su palabra cultural"

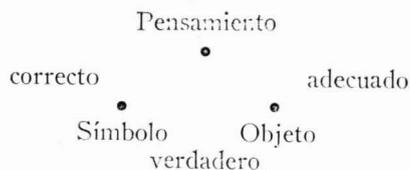


"el lenguaje en su aspecto dinámico"

que no se intentó en absoluto tratar a los signos como tales, y comprender así a las funciones de las palabras en relación con las situaciones significativas más generales de que depende todo pensamiento. Sin embargo, justamente antes de que el espíritu crítico fuera por fin estigmatizado y eliminado por el cristianismo, tuvieron lugar notables discusiones en el mundo greco-romano, y se examinaba el problema central con una agudeza que hubiera podido conducir a desarrollos realmente científicos. En efecto, toda la teoría de los signos fue examinada por Enesidemo, el vivificador del pirronismo en Alejandría, y por un griego llamado Sexto, entre 100 y 250 D.C. El análisis que nos presentan es lo más importante de todo lo aparecido hasta el siglo XIX (*El significado de lo significado*, pp. 58 a 63).

Mauthner y con él otros muchos, atacan duramente a Aristóteles por "La influencia de las pegadizas expresiones de este hombre, influencia que ha tenido resultados enteramente perniciosos" y que desplegó éste en sus doctrinas de lo negativo y de las categorías; pero estudiosos actuales han rebatido esta difundida creencia al hacer notar que en su tratado *De Interpretatione*, Aristóteles opone al propio otro criterio verbal e insiste en que las palabras son fundamentalmente signos de impresiones mentales, y sólo secundariamente signos de las cosas a las que esas se asemejan. Y que todo lenguaje significativo, sólo lo es por convención, y no por naturaleza o como instrumento natural —omite aquí la observación de Platón acerca de la onomatopeya como parte en los orígenes del lenguaje. Y excluye deliberadamente varias ramas del lenguaje significativo, y nos invita a considerar solamente la variedad conocida como enunciativa, la cual, al declarar la verdad o falsedad, es la única que pertenece a la lógica; los otros modos del lenguaje: deprecativo, imperativo, interrogativo, etc., los considera más naturalmente como parte de la retórica o la poética. A aquel lenguaje se le llamó "apofántico". Y los cinco modos del lenguaje que se valen del lenguaje mismo sólo como instrumento para producir un determinado efecto en el auditorio, y que Aristóteles excluyó de su lenguaje lógico, formaron las cinco clases de proposiciones peripatéticas que desarrollaron detenidamente los estoicos.

Para esquematizar brevemente este punto de partida dual en la concepción del lenguaje, nos valdremos del *Diagrama del Lenguaje* de los investigadores Ogden y Richards:



"Lo correcto simboliza a una relación causal entre el símbolo y el pensamiento o referencia. Lo adecuado se refiere a otras relaciones causales entre el pensamiento y el objeto o referente. Lo verdadero representa una relación indirecta atribuida, entre el símbolo y el objeto. La falacia fundamental y más prolífica, en el campo de lo lingüístico, consiste en que se rellena la base del triángulo. Ocurre esto como un caso excepcional cuando el símbolo utilizado es más o menos parecido al objeto a que se aplica, como puede ocurrir por ejemplo cuando se trata de una palabra onomatopéyica, o una imagen, un



—Grabado de Posada

"hablar sin cesar de este mundo nuestro para sentirnos de verdad en él"

gesto o un dibujo. Sólo en estos casos si se completa el triángulo, trazándosele la base. (*Pensamientos, palabras y cosas*, cap. I.).

Toda nuestra cultura occidental se ha visto empujada por esta falta de crítica lingüística a un uso místico del lenguaje en sus múltiples tareas cognitivas. Multitud de pensadores han calado lo hondo de esta desviación: "What do you read my lord?" — "Words, words, words," *Hamlet, Prince of Denmark*, Act II, sc. 2. "En suma... ateneos a las palabras, y llegareis por el camino más seguro al templo de la certeza... porque donde faltan las ideas, una palabra puede sustituirlas", *Fausto*, primera parte, p. 61, trad. L. Aquarone, París. "La autoridad se compone de cierta lentitud de elocución o de una fuerza tranquila; siempre de la certidumbre de ser escuchado. Las palabras se desprenden del conversador y caen con todo su peso. El hombre sin autoridad tiene siempre el aspecto de reprimir las suyas..." *La conversación*, Andre Maurois, trad. José Gorostiza, La Razón, México, 1931. "Y nadie piensa en revisar las palabras, son aceptadas por un consentimiento tácito, del cual ni siquiera estamos conscientes." Brial, *Semantics*, pp. 171-2.

El poder sugestivo de la palabra se ha encontrado siempre, a través de la historia del mexicano, con un eco dentro de éste, pronto, inconsciente y por ello apasionado y violento. Brota el primer movimiento individualista de nuestro país —la Guerra de Independencia— de las palabras escritas de los ensayistas franceses del siglo XVIII. Tomamos desde entonces a la palabra con ansias de defensa y reivindicación; tratando por medio de ella de crear gigantismos nacionalistas. Hemos venido escogiendo del lenguaje todo lo que en sí tiene de emotivo, cayendo a causa de esto en innumerables posturas demagógicas, en desenfrenos de prensa y de oratoria. Nuestras divergencias no han pasado del escamoteo gramatical. Y hemos visto morir generaciones tratando de definir a una revolución, para que a la postre las asambleas constituyentes se tornen tumultuosas convenciones retóricas.

Nuestro mundo lo hemos orientado hacia esa palabra, mágica y omnipresente,

que tanto nos pesa, y a la que todo pedimos, sintiéndonos en el fondo resentidos por nuestra total dependencia. Y hemos apartado así lo expresable dentro de un mundo material, y lo inexpressable dentro de uno divino; ocupándonos en seguir repitiendo sin verificarlo lo ya expresado y en tratar de expresar lo reconocido como inexpressable. Les dimos categoría de liberales a estas forzadísimas actividades, personificando a los seguidores de tales rutinas viciosas —el licenciado y el cura— como prototipos "progresistas" en nuestra sociedad. Tuvimos que hablar sin cesar de este mundo nuestro para sentirnos de verdad en él, porque en el fondo de nuestra conciencia no lo hemos sentido captable. Y como consecuencia de esta inseguridad en lo presente, hubimos de elaborar aún otros mundos, que, por su remoto emplazamiento, evadan la prueba intolérable de nuestra duda y nos tranquilicen cotidianamente con el quieto rodar de sus mensajes orales.

Como no hemos podido como grupo encarnarnos a nuestra realidad social, hemos elaborado múltiples artificios que disimulen el terreno de nuestra inseguridad y nos la sigan ocultando; artificios que van en su gama desde lo irónico hasta lo trágico. Testigo fiel de esto es nuestra expresión artística en general. Pierde de este modo el lenguaje, por obra de nuestra ideología escapista, su poder vivificante que como medio de expresión pensante tiene, y genera por falta de análisis y conocimiento propios en un mero recurso que acumula enfáticamente conceptos sofisticados, galanos en sí, pero desoladoramente improductivos. "Bergson se quejaba, casi con rencor, de que el conocimiento de la realidad adquirido con el lenguaje era fraudulento" y este hecho ha llegado en nuestro devenir histórico, y por caminos dolorosos, a presentarse ante nuestra conciencia, forzándonos a despreciar al lenguaje como a un malabarismo inútil, necesario en lo intrascendente y ajeno, pero poco apropiado para poder tratar con lo nuestro.

Esta inseguridad nuestra puede seguirse vislumbrando en la relación actual con el lenguaje, pues, aunque abusamos de él, lo despreciamos y tememos. Como nos

duele por su impacto para con nuestra sensibilidad enfermiza, lo hemos venido desarrollando como mera técnica de defensa personal. Y nada mejor que el usted usado por la burguesía o clase media mexicana para enseñarnos esos límites defensivos.

Deriva el usted de toda una tradición cultural europea de criterios regionalistas, que Ferdinand de Saussure llamó "espíritu de campanario", por oposición al de "intercambio". Y de ideas derivadas de estas posiciones relativas a una cortesía que funcione como freno a un sobrentendido fondo pasional temible del hombre, y a una limitación en nuestra espontánea participación sentimental para con nuestros semejantes, reputada como peligrosa mengua de nuestras calidades ("el día en que te abochornes delante de tu sirviente, no esperes más que te respete", escribe Louise D'Alq en su libro *Savoir Vivre en Toutes les Circonstances de la Vie*. Este es el uso social que en suma aprueba en el usted una manipulación higiénica propicia para nuestra inmunización de ese exterior caótico y bestial. Toda conversación debe ser "sólo un intercambio de cortesías banales". Si ello fuere posible hay que evitar, en los contactos alejados de nuestro medio social, este uso lejano de impresiones.

Todas estas ideas, redondeadas y establecidas por su uso en el viejo continente nos llegaron durante nuestra servidumbre, no colonial, sino la servidumbre intelectual por nosotros mismos impuesta; y aquí, empero, hubieron de sufrir esas ideas algunos cambios perceptibles, otros aún por notar. Porque si dentro de un lenguaje común, como lo fue el español americano y el español ibérico, se marcaron distinciones al través de la historia, por la innata diferencia en sus campos de acción y de desarrollo, esto es, si hubo una "americanización" en el lenguaje, es del todo plausible que el sistema de vida extra-americano fuese ya desde antes coloreado por nuestra propia óptica, en modificaciones más o menos profundas y diversas, que florecieron no tan sólo en su medio expresivo, es decir en campos lingüísticos, sino en numerosas reorganizaciones sociales y políticas. "La sociedad hispanoamericana se puso a funcionar de un modo peculiar desde el día en que se constituyó, y ello determinó una peculiaridad paralela en el funcionamiento del idioma." (A. Alonso, *Estudios lingüísticos*).

En su libro *Etimologías del español*, J. González Moreno divide a la República en cuatro zonas de habla castellana, diferenciadas por sus diversos usos lin-

güísticos, ellas son: la del Norte, la del Centro, la Oriental y Suroccidental, y la de la Península de Yucatán. Concuerda esta división con la dada por Pedro Henríquez Ureña. Basándonos en esta demarcación nos hemos fijado en zonas de tuteo francamente perceptible en conversaciones casuales.

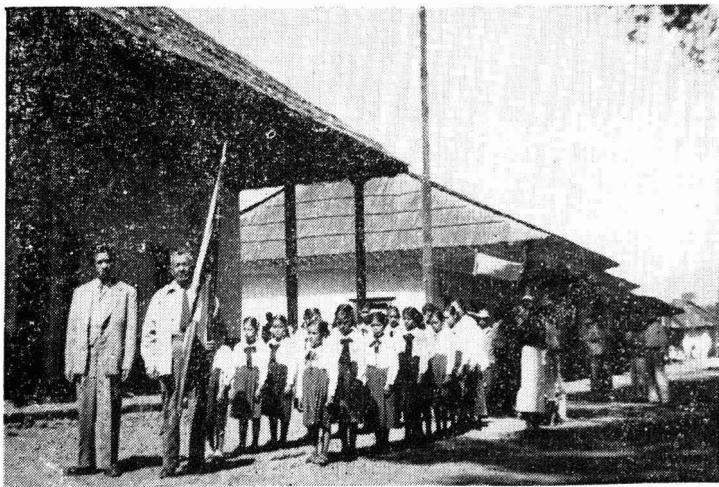
A la zona o faja costera oriental se la identifica por un estilo de hablar calificado popularmente de "jarocho". Aclara Henríquez Ureña que en esta región "se siente menos el influjo de la fonética indígena. La emisión tiene mayor fuerza que en la capital: es menos delgada la voz; el tono es agudo pero el *tempo* es animado. Las vocales son llenas; las consonantes son débiles en final de sílaba, posición en que la mayoría puede alterarse, y aún desaparecer. Esta región sirve de puente entre México y las Antillas: tiene puntos de contacto con Cuba". En ella se puede encontrar un hablar de franco tuteo casual, pleno de figuras picarescas alusivas a lo personal y con abundancia de términos familiares cariñosos ("compae", "manito", "paisa", etc.). Brilla su tono festivo en competencias verbales —los "albures"— que, aunque en casos de intoxicación alcohólica degeneran en riñas mortales, guardan por lo común un sabor de verborrea excitante que el tuteo controla dentro de una atmósfera de camaradería recreativa. Se ha explicado el desarrollo lingüístico de esta zona como paralelo, que no igual, al de Andalucía.

Más semejante por su mutismo al habitante peninsular castellano es el morador del centro de México. En el lenguaje de su clase media o acomodada, señalada por Leopoldo Ramos como exponente de la auténtica cultura criolla, el tuteo pierde su carácter espontáneo para relegarse a un uso hogareño y de confianza. En este aspecto aseméjase una gran parte de la zona del Norte y la Península de Yucatán. Le da sus perfiles lingüísticos a la zona del centro: "un habla donde se hace poco gasto de aire en la emisión de los sonidos. Y donde las vocales tienden al timbre cerrado —caso semejante al de las sierras del Perú y Bolivia—", Pedro Henríquez Ureña. "Rara vez se oyen en esta tierra voces desapacibles o chillonas. Hablamos en una tesitura como apagada, casi como en secreto, y nos sorprende y disgusta la altura de tono que en la conversación acostumbran la mayoría de los extranjeros" (Revilla).

Pueden contribuir parcialmente a la formación de estas zonas, por lo tocante a la zona costera, factores como el de un

clima propicio, la comodidad en las charlas callejeras, en donde la invitación está pronta para calmar la sed. El de una vegetación abrumadora y rica para fines alimenticios. El de la presencia sedante del mar. Factores todos que dan en conjunto una laxitud social común en todos los trópicos. Y por parte de la zona de mesetas —así hemos determinado llamarla—, el clima, que sus habitantes resienten apenas trasponen el umbral de sus casas. Sus industrias que son actividades metódicas y sin trances épicos notables. Su trabajo que es lento y abundante en lapsos vacíos, en los que impregnan sus temores y ansias por el éxito siempre inseguro de sus empresas. Su tomar la vida como un combate de suerte, y en que el ánimo está tenso, no siendo por ello capaces de responder al constante pulso de los momentos particularizados de su existencia. Y la planeación del futuro por la que pierden el sentido de lo concreto actual.

Ahora que tanto el habitante costero, como el de mesetas, comparten en sus hábitos el uso del usted. Si hemos marcado antes una zona de diferenciación, lo volvemos a repetir, débese más a un criterio cuantitativo que a uno francamente cualitativo, porque el empleo de estas formas pronominales está fuertemente impregnado de una emotividad que se enraiza con los motivos más impulsivos de nuestra personalidad como mexicanos. En nosotros existe un *substratum* común, inalterable, herencia de nuestro desarrollo espiritual. La superficie personal podrá tener variaciones locales, determinadas por relaciones ecológicas ya brevemente esbozadas, pero queda el infraconsciente global, de un habitante de la porción territorial a la que corresponde la nacionalidad mexicana. Analicemos, entonces, a México como a un país individual desde una etapa previa a su nacimiento estatal. Juzguemos a sus padres socioculturales: ambos no se unieron comunicativa sino privativamente. "Fue el choque del jarro con el caldero. El jarro podría ser muy fino y hermoso, pero era el más quebradizo", dice Alfonso Reyes. Uno de ellos le transplantó su cultura al otro. Este golpe por necesidad tuvo que haber creado futuras inseguridades recónditas. Una segunda etapa de asimilación prevaleció más tarde. Pero Bolívar, con su justa visión de nuestra realidad, exclamó: "Nosotros no somos europeos ni tampoco indios, sino una especie intermedia entre los aborígenes y los españoles... así nuestro caso es el más extra-



"una tutela apasionada"



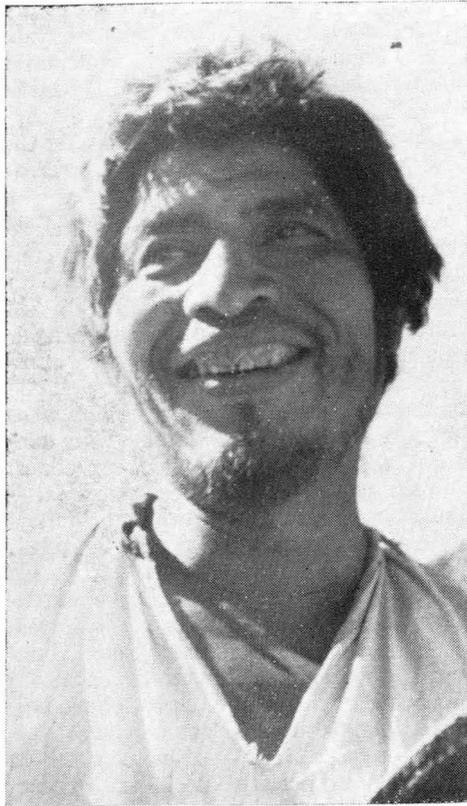
"todo es cuestión de palabras"

ordinario y el más complicado." Nace nuestra nación sintiéndose repudiada por una de sus mismas partes y crece dentro de una tutela apasionada, con toda esa fuerza de religiosidad de una España defensora en ultramar de su fe, tan bamboleada en esos tiempos por la Reforma Protestante. Géstase aquí nuestra "autodenigración", como la llama Leopoldo Ramos.

Ser mexicano se ha creído que es ser en parte salvaje. Ya como derivación del romance español, en los últimos años de la Colonia, había comenzado a desarrollar el mexicano una poesía virilista popular: el corrido, y en la actualidad el "pelado" conserva esta idea y la hace ondear gallardamente en manifestaciones de hombría. Nuestras clases acomodadas huyen de esto que también consideran lo propio, y por esta razón cunde el "europeísmo" en todas sus formas, bajo pretextos de cultura superior. "El europeísmo, puntualiza Ramos, ha sido en México una cultura de invernadero no porque su esencia nos es ajena, sino por la falsa relación en que nos hemos puesto con la actualidad de ultramar. Lo que ha faltado es sabiduría para desenvolver ese espíritu europeo en armonía con las condiciones nuevas en que se encuentra colocado." Pero para conocer las condiciones debemos rastrear los orígenes de ellas, y así podremos lograr una más o menos cabal comprensión de su presencia y una matización más afinada de sus innumerables derivaciones.

Fue nuestra primera lección educativa la negación, y a fe que aprendimos tan por entero este paso negativo, que una vez que pudimos negarle su asistencia a la política peninsular, volvimos a negar a la portadora de su palabra cultural: la religión. A nuestro principio negativo le debemos el estar, hasta la fecha, caídos en una agotadora actitud iconoclasta. Porque el mexicano "no tiene ninguna religión, ni profesa ningún credo social o político. Niega todo sin razón alguna, porque él es una negación personificada" (Ramos, *Psicoanálisis del mexicano*).

El tuteo en el mexicano es usado para señalar a personas de la familia y amistad, o para distinguir a empleados y trabajadores al servicio propio. Usos estos privativos, individualistas, limitadores de campos conocidos, en donde se siente uno menos expuesto a ese destino que tan vago y catastrófico a todos nos parece. Tutear es acercarse, identificarse. Deteniéndonos en la noción de querer, anotamos que los mexicanos queremos instintivamente (a esto F. S. C. Northrop lo llama: componente erótico del mexicano), queremos a lo que se nos antoja fácil y promisorio de goces, a lo abierto a nosotros, a lo espontáneo, a lo emotivo sin causa cierta. Y no llegamos a querer con facilidad a lo inmutable, a lo que no se deja penetrar fácilmente, a lo que por su integridad nos parece molesto y que por su silencio nos empequeñece y amilana. La tierra de las mesetas es de tintes hoscas, es avara con su riqueza y le rompe la voluntad al trabajo del hombre. Tanto la respeta su habitante, que, echando mano a un recurso lingüístico ha acuñado otro artificio: el diminutivo, una verdadera sonaja para espantar silencios. Y la llamará "parcelita", "milpita", "tierrita", "terrenito", "ranchito", etc. Este uso del diminutivo entre los mexicanos deriva, según el profesor González Mo-



"nuestra realidad social"

reno, de las antiguas formas reverenciales nahoas acabadas en "tzin", corroborándose así nuestra idea simbolista: el mexicano procura congraciarse con lo temido.

Dentro de la dirección americanizante dada al español, encontramos a un fenómeno idiomático: el olvido de las formas pronominales "vos" y "vosotros" en México, sustituidas, aun en la oratoria, por "usted" y "ustedes". "Nunca hemos oído en México, ni en el campo, ni en las ciudades, el uso de vuestro; debe estar limitado a regiones muy arcaizantes, como Tlaxcala" (Pedro Henríquez Ureña). "Yucatán y Tlaxcala fueron los dos primeros centros importantes de cultura indígena en que la lengua española, tal como la hablaban los conquistadores del siglo XVI, entró en contacto con lenguas indias altamente desarrolladas" (A. R. Nykil, "Notas sobre el Español de Yucatán, Veracruz y Tlaxcala", revista *Modern Philology* xxvii, Univ. Chicago, 1930). No es extraño para el mexicano en general el repudio lingüístico: "muy pocos de los extranjerismos en el español de México pueden atribuirse a los extranjeros que aquí viven. Tanto los galicismos, como los anglicismos, únicos préstamos de importancia, proceden de dos fuentes principales: o han llegado de España a través del libro, el periódico y el teatro, o los mejicanos directamente los han recogido en sus lecturas francesas o inglesas o en sus viajes a París y a los Estados Unidos" (Pedro Henríquez Ureña, *Notas*). Esta voluntad propia del español hispanoamericano para cambiar y conformar sus expresiones la podemos observar más ampliamente en la lista de "provincialismos" de Manuel G. Revilla, lista en la que abundan los términos relacionados con actividades hogareñas y familiares, v. gr.: recamarera por doncella, joven o niño por señorito (muchacho es usado en nuestras clases populares), cuadra por manzana, banquetta por acera, chícharos por guisantes, col por repollo, frijoles por judías, candil por araña, chulo por bonito, atarantarse por aturdirse, sarape

por manto, saco por americana, bolsa por bolsillo, etc. (*Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, tomo vi, pp. 352-367, 1910).

Podemos reconstruir nuestro ambiente de trato social en el siglo XIX por medio de la obra de Joaquín Fernández Lizardi *La Quijotita y su Prima*. Ahí encontraremos primero una zona de tuteo reservada a las relaciones personales netamente domésticas de: a) Criados Viejos a Patronos Jóvenes. "Haces muy bien niña", cap. I; b) de Patronos a Criados, y c) de Patronos entre sí. "Hija no has caso de las producciones de esas locas", cap. I. Y otra zona, de usted, para relaciones personales que aunque domésticas se ven alteradas por criterios sociales: a) Sirvientes al tratar con sus Patronos. "Niña, ¿por qué es usted tan perra y tan soberbia?" Cap. III. b) Patronos en su trato con operarios que no trabajan en su casa. "Maestro, solía decir al zapatero, ¿qué zapatos tan feos!" Cap. III. O por criterios de edad: a) A los concurrentes a una casa, de poca edad se les llama usando sólo el apellido, a los "currillos". "Diga usted, Herrera". Cap. III. b) A los eclesiásticos y personas de distinción, usando el usía o usted, según su clase. Y por último, por criterios de relación interfamiliar: entre hermanos políticos o cuñados. "Usted, hermana, dice bien". Cap. III.

Esos tratamientos desarrollados en aquel entonces por nuestra clase más conservadora, han quedado enredados a la tradición del trato cortés mexicano en muchos de sus puntos. En otros, como en el hablar doméstico para con los contertulios hay un sinnúmero de matices locales que van desde un llano "usted" a los diminutivos y alteraciones más curiosas de los nombres. El uso de los apellidos ha quedado reservado para el trato masculino entre compañeros de trabajo. La mujer aun en relaciones laborantes rara vez usa el usted y prefiere, tan pronto la confianza del trato se lo permite pasar al tuteo. ("Según parece la "u" se consideraba entre los aztecas como sonido propio del habla de las mujeres." Molina, *Anales del Museo Nacional de México*, IV, p. 128.)

Se puede con justeza decir que nuestros tratamientos sociales tienden a ser muy obsequiosos. Al mexicano le gusta ser calificado como "decente"; huye inconscientemente de la idea poco valorativa que de sí mismo tiene, y por eso en su habla abusa de los giros exquisitos.

BIBLIOGRAFIA

- Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, Espasa-Calpe Argentina, 1951.
- C. K. Ogden - I. A. Richards, *El significado del significado*, Paidós, Buenos Aires.
- Trabajos de C. Carrol Marden, M. G. Revilla, A. R. Nykil y anotaciones y estudios de Pedro Henríquez Ureña. "El Español en México, los Estados Unidos y la América Central." *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*, IV, Instituto de Filología, Buenos Aires, 1938.
- Amado Alonso, *Estudios lingüísticos. Temas Hispanoamericanos*, Románica Hispánica, Ed. Gredos. Madrid, 1953.
- José Luis Martínez, "Las Letras Patrias de la Epoca de Independencia a nuestros días". Pub. en *México y la Cultura*, Secretaría de Educación Pública, México, 1946.
- J. González Moreno, *Etimologías del Español*, Porrúa e Hijos. México, 1936.